

PENSAMIENTOS FAMOSOS QUE NO SE HAN HECHO FAMOSOS TODAVIA

Existe una especie de hombres que nunca podrán ser felices: los que sólo saben colocar a la mujer en un altar o en el suelo.

*



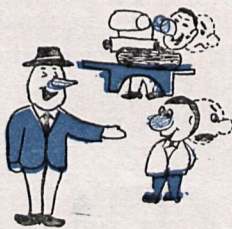
¿Por qué será que en el país de más sensible dominio femenino, Estados Unidos, a todas las catástrofes —vendavales inclusive—, les ponen nombre de mujer?

*

Los primeros piropos a las adolescentes se los echa el espejo.

*

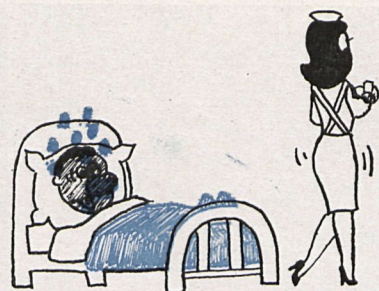
Todos los chistes de los jefes son graciosísimos... para sus suborbinados.



*

En la comedia del amor el primer acto se escribe con miradas y sonrisas; el segundo es el noviazgo; el tercero, el matrimonio. Por eso tropiezan tanto los autores en el tercer acto.

La muerte del enfermo no es siempre una equivocación del cirujano. Puede serlo también del paciente.



*

Si ensalzas siempre a tus juzgados pasarás por «crítico eminente y constructivo». Si les dices la verdad amarga, por «autor fracasado corroído por la envidia».

*

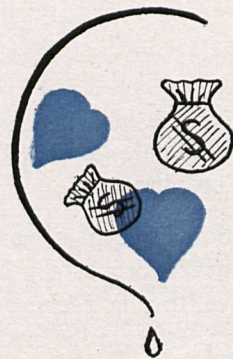
Si llegase un día en que pudieran verse transparentes los corazones no saldría nadie a la calle.

*

Cuando una pareja tiene los mismos gustos, las mismas opiniones, las mismas amistades, el mismo bolsillo... es que aún están solteros.

*

Los multimillonarios padecen un cáncer moral: la eterna duda sobre la sinceridad de sus amigos y de sus amadas.



*

Las cintas magnetofónicas y nuestras viudas nos recuerdan siempre cuando nos hemos marchado.

*

Las esposas gritan con más acritud al marido que a la sirvienta porque aquél no puede pedir la cuenta.

*

Los besos son el azafrán que da color a la paella del amor.

José de CORDOVA



BANDO

EL BANDO de LOS ALCALDES de MÓSTOLES

*Estudio documental
por José
Montero Alonso*

*ed. por
P. V. L.*



Hechos que pasan, hechos que quedan...—«Y pues contáis con todo...».—Por la Historia a la Leyenda.—Provincia a provincia, pueblo a pueblo.—El instinto de Madrid.—Raíz popular por la Guerra de la Independencia.

Hay hechos de vida intensa y breve, que mueren definitivamente al morir sus protagonistas o los que los vivieron y conocieron más o menos cerca. Otros hechos, en cambio, apagada su existencia material de un día, se prolongan en el tiempo, cobran una nueva y más duradera vida. Es que en ellos su perfil estricto, físico podíamos decir, adquiere rango eminentemente histórico y asciende a la belleza y la categoría de símbolo. Esos acontecimientos se hacen así realidad permanente, sombra

que ha perdido su vieja condición efímera y leve para hacerse lección, ejemplo y norma: sustancia y alma, en fin.

A esta suprema jerarquía pertenece la Guerra española de la Independencia. En esa línea definitivamente histórica están los hombres y los hechos de aquellas horas que fueron decisivas para España y para el mundo. Callaron voces y cañones; cicatrizaron heridas y duelos; quedó lejos el dolor de la lucha. Mas lo que la guerra fué y representó, su dimensión profundísima, su valor permanente de lección están vivos ante nosotros. Se explica así que no se extinga su enorme bibliografía, que continuamente luces, enfoques, estudios nuevos se acerquen al gran tema. No es arriesgado afirmar que sin la guerra de España —o, mejor dicho, sin la enardecida voluntad española de resistencia—, el destino posterior de Europa hubiera sido distinto. Son el grito madrileño del Dos de Mayo, y el bando de Móstoles, y el laurel de Bailén, y el sublime dolor de Zaragoza, y la agonía patética de Gerona los que dan un giro diferente a las horas del mundo. Cambió, sencillamente, la Historia porque aquellos españoles se dispusieron a morir. Esa decisión para la muerte tenía en nosotros raíces profundas; acaso era en realidad esencia misma de nuestra alma. La Patria se enfrentó con su destino, y no cabían blanduras ni indecisiones, fórmulas ni matices. No eran admisibles interpretaciones ni distingos. Con la Patria o frente a ella. Eligió España su camino, erizado de hambre y de sangre. Quizás, desde los balcones de Europa, pudo parecer locura aquella batalla, fabulosamente desigual, que España iniciaba contra Napoleón. Posiblemente, sonrieron muchos. Eran tan diferentes los platillos de la balanza... «Y pues contáis con todo, falta una cosa: Dios», pudo decir la Patria entonces, adelantándose al verso de Rubén Darío. El Madrid ensangrentado del Dos de Mayo, el bando de un pueblecillo humilde, los calcinados muros de Zaragoza, todo aquello que a primera vista pudo parecer inútil, hicieron, en fin de cuentas, cambiar la historia del mundo. Sorprendente, maravillosa lección desprendida de aquella resuelta voluntad española de morir.

«Bendecidos muros de Zaragoza y Gerona, sagrados

más que los de Numancia —escribirá un día don Marcelino Menéndez y Pelayo—; asperezas del Bruch, campos de Bailén, épico juramento de Langeland y retirada de los 9.000, tan maravillosa como la que historió Jenofonte... ¿qué edad podrá oscurecer la gloria de aquellas victorias y de aquellas derrotas, si es que en las guerras nacionales puede llamarse derrota lo que es martirio, redención y apoteosis para el que sucumbe, y prenda de victoria para el que sobrevive?» (1). Al extinguirse ayes y estampidos, al cesar dolores y alarmas, aquella serie de hechos, desprendidos ya de su perfil material, entraron en la Historia y se hicieron, de tan gigantescos, Leyenda. La Leyenda mejor, porque es la que tiene un soporte vivo de realidad y no un quebradizo cimiento de imaginación; la que, siendo tan real parece, por lo bella y extraordinaria, fantasía.

Hay en la Guerra de la Independencia un signo específico, una nota que sublima el carácter de aquella lucha: su espontaneidad, su improvisación, su neta entraña popular. «Precisamente en lo irregular —volvamos a Menéndez y Pelayo, siempre definidor e intérprete magistral— consistió la grandeza de aquella guerra, emprendida provincia a provincia, pueblo a pueblo: guerra infeliz cuando se combatió en tropas regulares, o se quiso centralizar y dirigir el movimiento, y dichosa y heroica cuando, siguiendo cada cual el nativo impulso de disgregación y de autonomía, de confianza en sí propio y de enérgico y desmandado individualismo, lidió tras de las tapias de su pueblo, o en los vados del conocido río, en las guájaras y fraguras de la vecina cordillera, o en el paterno terruño, ungido y fecundizado en otras edades con la sangre de los domeñadores de moros y de los confirmantes de las cartas municipales, cuyo espíritu pareció renacer en las primeras juntas. La resistencia se organizó, pues, democráticamente y a la española, con ese federalismo instintivo y tradicional que surge aquí en los grandes peligros y en los grandes reveses, y fué, como era de esperar, avivada y enfervorizada por el espíritu religioso, que vivía íntegro, a lo menos en los humildes y pequeños, y caudillada y dirigida en gran parte por los frailes» (2).

Nace del pueblo, por tanto, el espíritu de defensa contra la agresión; del pueblo, entendido este concepto no con un sentido limitado y parcial, sino cabal y armonioso. Pueblo: desde la capital a la aldea, desde el artillero de Monte León al mayo del Avapiés, desde la Condesa de Bureta a Manuela Sancho, desde Castaños a Juan Martín. Sí, cierto que había maniobras y cautelas, oportunismos y deslealtades. Ciertamente que desde arriba se trató de malograr y desfigurar el ardiente impulso español. Hubo autoridades dóciles al designio invasor, mentes que no sintieron la grandeza y el dolor de la hora. Allí, en Bayona, estaban Carlos IV, María Luisa, Godoy. El propio Napoleón no acababa de creer que Fernando VII hubiese llegado también a la ciudad francesa. «Todos —afirma

el historiador Cayetano Alcázar (3)— coincidían en su vileza y en su desprecio por el pueblo español, al que habían dejado entregado a las tropas francesas, situadas en los lugares estratégicos de la Península en nombre de una amistad. Frente a las declaraciones de Piñuela, del Gobierno y de las autoridades que seguían cultivando la llamada «verdad oficial», el pueblo de Madrid, con su fino instinto, rápidamente captó la terrible farsa que se estaba representando. Todos en fuga y la Patria entregada al extranjero. Esta era la única y tremenda verdad. El descubrir aquella verdad fué el heroísmo del pueblo y de la calle de Madrid.

Tiene, por consiguiente, raíces auténtica y vigorosamente populares el movimiento liberador que se inicia el 2 de Mayo. Madrid es, ese día, el heraldo patético de la guerra que va a iniciarse. Mas ésta no surge de dentro a afuera, como una actitud dictada y ordenada, sino de afuera hacia adentro. Saltan sus chispas aquí y allá, desordenada y heroicamente, no en respuesta a un plan centralizado y orgánico. Surgen como estallidos repentinos, como signos del instinto del pueblo en los trances decisivos. La guerra naciente no se pone en marcha merced al aparato político y administrativo del Estado. Este ha fallado, y todo ha de ser sustituido e improvisado sobre el terreno. Hay un estremecimiento heroico sobre la ancha geografía nacional: Asturias, Andalucía, el Ebro, el Bruch... Y cuando vive aún la luz del 2 de Mayo en la capital de España, un hombre humilde y desconocido, un nombre sin historia, clava sus ocho letras en el alba de la gran hoguera: Móstoles. Ha sido publicado el bando terrible de Murat. Dentro de unas horas, las descargas de la fusilería francesa romperán el silencio doliente de la primaveral noche de Madrid. En este Mayo enlutado, las ocho letras del nombre de una tranquila villa madrileña galoparán hacia el sur, como clarín de alarma, como angustiado toque de rebato.

Esta ascensión de un nombre hasta entonces en realidad ignorado —Móstoles— a una línea de primer término, tiene sentido y emoción de símbolo. Es como el pregón y el anuncio de ese acento entrañablemente popular que va a tener la guerra naciente. No será una guerra de arriba hacia abajo, una guerra dictada y ordenada. Sino que será una campaña liberadora que nacida aquí y allá, en esta ciudad y en aquella aldea, junto a aquel río y al pie de aquella montaña, irá convergiendo hacia el centro, hacia el núcleo del Estado desaparecido. De ese modo, lo local se hará nacional. Los hombres de las provincias representan en verdad las virtudes de España entera. Como este gran sentido nacional, a su vez, acabará teniendo universal resonancia, cambiando finalmente el destino de Europa. «Conviene no olvidar —dice el historiador Alcázar— ninguno de estos tres matices, fundamentales para entender el profundo significado de las dramáticas y gloriosas jornadas que inician nuestra guerra de liberación de 1808» (4).

(1) «Edición nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo. Historia de los Heterodoxos españoles.» VI. Pág. 3. MCMXLVIII.

(2) M. y Pelayo. Obra citada, págs. 8 y 9.

(3) «El Madrid del Dos de Mayo», por Cayetano Alcázar. Madrid. Instituto de Estudios Madrileños. 1952.

(4) «El Madrid del Dos de Mayo», por Cayetano Alcázar. Madrid, 1952. Pág. 5.



**La noche triste de Madrid.
Preguntas en torno al parte.
Muñoz Maldonado, Toreno,
Lafuente.—Siempre don Juan
Pérez Villamil.—La leve va-
riante de un imperativo.**

Ese 2 de Mayo en que Madrid se alza en santa rebel-
día, en que el gran Duque de Berg dicta y proclama su
bando y en que la sangre de los fusilados va a ensan-
grentar el Prado y la Moncloa, sale de Móstoles, hacia
el Sur de España, un aviso de la autoridad local dando
cuenta de lo que en la capital pasa y pidiendo el socorro
de todos. Madrid entra en su noche triste. Nula o cómplice
la autoridad española, dominado por la fuerza y la
represión el grito rebelde, la ciudad vive el dolor de sus
hogares profanados, de sus hombres y sus mujeres muer-
tos. Es un silencio trágico el de esa noche de Madrid.

Pero mientras la capital vive su insomnio dramático,
alguien vela por ella. El grito de guerra lanzado desde el
pequeño lugar cercano a Madrid va a encontrar ecos in-

mediatos y ardientes. Móstoles está pidiendo auxilio a
las provincias hermanas, para que no sea estéril el sa-
crificio de la sangre vertida el 2 de Mayo. El nombre
hasta entonces apenas conocido, pasa ahora de labios a
labios. Las palabras del breve documento en que solicita
ayuda son dichas y repetidas de pueblo en pueblo. En el
ensangrentado amanecer de la lucha, Móstoles solicita
ya puesto de honor.

El hecho —escueto y claro— de este primer grito de
guerra, de esta llamada angustiosa, no ha sido, sin em-
bargo, presentado con absoluta precisión durante mu-
cho tiempo. Vacilaciones e incertidumbres, penumbras y
dudas hicieron nacer en torno al parte famoso muchas
preguntas. ¿Existió, realmente, tal documento o fué sólo
una invención posterior, el amaño de alguien? ¿Quién
fué su autor? ¿Es obra de una sola persona o de más de
una? ¿Qué personas pudieron tener intervención en el
histórico documento? ¿Cuál fué la génesis de éste? Tal
cadena de preguntas fué escalonándose a lo largo del tiem-
po, sin que se llegase a una respuesta terminante y de-
finitiva. Pero hoy cabe ya, sobre documentación reciente,
poner claridad en el viejo problema. Estudiado a fondo
éste, se desmorona, es cierto, algo tradicionalmente ad-
mitido. Pero, en realidad, la letra, lo material de las co-
sas importa poco. Importa, sobre todo, el espíritu. Y
éste, en la nueva versión que hoy se puede dar, como en
la que se venía dando tradicionalmente, el espíritu res-
plandece plenamente. La nueva y esclarecedora verdad
no hace sino rubricar aquella apasionada expresión de
españolismo que representó el parte primitivo.

A los veinticinco años del hecho, aparece la primera
constancia escrita, en obra de carácter histórico, del he-
cho de Móstoles. Es en la obra de don José Muñoz Mal-
donado, sobre nuestra Guerra de la Independencia. El
escritor dice, textualmente: «Don Juan Pérez Villamil,
Fiscal del Supremo Consejo de la Guerra, que se hallaba
en Móstoles, distante dos leguas de la capital, en una casa
de campo recuperando la salud, apenas percibe la con-
moción, arrebatado de patriotismo comunica a todas las
provincias de España meridionales, únicas a que se po-
día dirigir sin riesgo del enemigo, un oficio que conser-
vará la posterioridad, bajo el modesto título del Alcalde
de Móstoles. «La Patria está en peligro. Madrid perezce